—"¡Mi esposa!"—interrumpió Nezáhual.

—"Tú serás, Señor mio, nuestro tígre y águila, y yo estaré, Señor, pendiente siempre de tus labios y pronta á obedecer la menor de tus señales."

Esto decian; y el semblante de la Princesa estaba radiante de la felicidad que rebosaba su corazon. Los abrasados campos de Anáhuac, en el est'o, no ofrecen más contento cuando se ha desbordado la primera lluvia que muchos dias se hizo desear; la improvisa música de acordes y sentidos tonos, no deja tan inefable suavidad en el que despierta sorprendido y la escucha.

Así fué cómo Nezáhual y la hija de Atotóchtli desahogaron por primera vez el amoroso afecto que inundaba su alma. Pero ¡ay! que tanta ventura no era sino el principio de un drama doloroso.

¡Benéfico Dios, cuyas delicias, como lo dijiste, son los hijos de los hombres, que has querido tomasen parte en los misterios de tu vida y de tu dicha! ¿por qué siempre nos engaña esa felicidad que aquí nos das? Sinó es allá en tu cielo, en las profundidades de ventura sin término que aquí no descubrimos, donde haya de gozarse de una dulzura y luz, creciente siempre y siempre duradera, no sé dónde nos guardes el bien que nos ofreces, toda vez que en este suelo solo nacemos para el infortunio.

Mas ¡ó Musa cristiana! tú sostienes mi fé y alientas la esperanza del que vacila, mostrándonos en la region más allá de los luceros, aquellos placeres inefables re-

servados para los que en la tierra son víctimas de amargas ilusiones. Sea, pues, engrandecido tu nombre ¡ó Adonái! que así nos llamas á la delicia de tu gloria, haciéndola echar ménos con los desengaños de nuestra vida.

Breves fueron los momentos de esa declaracion de amor inesperada todavía para la Princesa. Aun herian su delicado corazon los últimos acentos de Nezáhual, cuando ya se hacía oir por la entrada que daba á las calles la voz de Atotóchtli, de Ayauhcíhuatl y de su hija que volvian del sacrificio. Papan les salió al encuentro. El rubor de su semblante la denunciaba, y la ternura más que de ordinario con que recibió á su madre hicieron adivinar á ésta lo que acababa de suceder. Pero ni ella ni la hermana de Tezozomoc podian ver con desagrado lo que Dios queria unir. Sin embargo, la discreta Reina nada quiso decir á su hija, miéntras ella no fué la primera en hablarle de su amor.

Eso se retardó hasta el fin del dia, porque el rubor y el secreto que sellan los lábios de la jóven que ama por primera vez, contenian á Papan en un silencio misterioso. Ya de tarde, volviendo del jardin donde habia discurrido pensativa muchas horas, se encontró con la Reina, y prorumpiendo en llanto se arrojó á su cuello estrechándola con sus brazos. Así lloraba la desventurada Elisa, cuando ya herida el alma por el amor del héroe troyano no pudo más tiempo guardar oculta su

amorosa pena; Anna enternecida supo corresponder á la fraternal confidencia, y con dulces palabras infundió la esperanza en el ánimo dudoso y alentó á la que ruborízada no podia desahogar sus cuidados. Mas la Princesa de Tacuba lloraba sin atreverse á descubrir el secreto de su corazon. Y así Atotóchtli estrechando contra su seno la cabeza de su hija:

—"¿Qué tienes Papan?"—la dijo entónces con una ternura que inspiraba confianza.

—"Nada, madre mia y Señora."

—"¿Guardas algun secreto para tu madre, hija mia muy amada, muy querida palomita?"

A eso con voz tímida respondió Papantzin:

"El hijo de Ayauhcíhuatl quiere ser tu hijo y llevar á tu hija á la casa de su madre y de su hermana."

—"¿Y la hija de Atotóchtli quiere seguirle"?—repuso la madre con amable sonrisa.

—"Tu hija, Madre mia y Señora, no hará sino lo que le ordenes."—Esto, la Princesa lo dijo con débil acento.

—"¿Y porqué yo me opondria á lo que el Dios Cria dor dispone?"—replicó Atotóchtli.

"¿Le has pedido—prosiguió diciendo—que mande su luz á tu corazon que tu Padre elaboró y pulió á guisa de esmeralda, y has derramado ante su Majestad tus

pensamientos para que los ordene? ¿Te has acordado de las palabras que yo tu madre hé sembrado y derramado delante de tí copiosamente, para que las tomáras y guardáras y escribieras en tus entrañas? ¿No te hé dicho que te amo mucho, que eres mi hija muy querida que de mí naciste? Hágate Dios bienaventurada, hija mia, que no tengo más que á tí, y llégate á Dios que está en todo lugar.—

Estas y otras palabras llegaron del corazon de la Reina al de su hija.

Papan entónces serenándose entró con su madre á la estancia del hijo de Ayauhcíhuatl, y en el semblante de ambas descubrió Nezáhual la favorable acogida de sus afectos. Tambien el Príncipe declaraba á su madre su amor por la hija de Atotóchtli cuando aquellas se presentaron. Poco despues ambas madres se comunicaban la feliz sorpresa por la pasion de sus enamorados hijos, y en toda la casa fué sabido cómo Nezahualpílli habló á Papantzin de su amor y de sentarse con ella en la estera nupcial; y ese amor era un fausto suceso para todos, y ya de ese dia la hija de Atotóchtli era acogida como la hija de Ayauhcíhuatl y hermana de Jocótzin, y no ménos el príncipe como el nuevo hijo de la Reina de Tacuba. Así se veía en los antiguos tiempos en medio de las tribus de Israel, cuando algun descendiente de los reyes de Efraim ó de Judá era vuelto del cautiverio de Babilonia al hogar sencillo de sus pa-

dres: dos familias amigas acogian con ternura la nueva del amoroso afecto, que ya se hacía notorio, entre una de sus hijas, vírgen hermosa de Sion, y el nuevo Jacob, recien llegado de los ingratos países; los tiempos más felices de la patria se traian entónces á la memoria y se hablaba de aquellos reinados nunca más vistos, en que los términos del pueblo de Dios se extendieron del Eufrates al mar grande y de Sidon la opulenta hasta los confines de los Arabes.

En tal estado de cosas llegó el dia de la vuelta de Valencia. Su sorpresa fué grande al escuchar los trágicos sucesos ocurridos apénas él dejó á Cholula, y su indignacion al saber que sus compatriotas eran parte en tamaños desafueros, hubiera estallado, á no acudirle aquel espíritu de caridad y paciencia de que dió muchas pruebas en la pasada dominacion de Guzman y Delgadillo. Sin embargo, la pradencia compañera de su mansedumbre le hizo proveer á la necesidad de sus neófitos predilectos. Los blancos y el Tlaxcalteca no obstante habérseles perseguido aquella noche de su atentado, lograron escapar y quedaron impunes; ni podian los guerreros españoles que fueron á su alcance, poner la mano sobre su antiguo caudillo, ni tampoco sobre los que él favorecia, fuesen castellanos ó indios. Por eso las dos familias habian pensado dejar á Cholula á donde Max tlaton volveria, y deseaban fijar en Texcoco su residencia, donde los deudos y parientes de Ayauhcíhuatl les

prestarian amparo; y Valencia que en eso veía la seguridad de los desvalidos, les aconsejó no difiriesen su resolucion, ofreciendo hacerles compañía hasta dejarlos en Texcoco. El dia de la partida quedó así resuelto.

Mas ántes el hijo de Ayauhcíhuatl recibiria el agua regeneradora, y el buen Padre se encargó de dar término á la instruccion del catecúmeno. Por espacio de cuatro dias se vió á éste hablar solo con Valencia, paseándose unas veces en el ancho pórtico y otras á la sombra de los ahuehuetes del jardin; y al contemplar á ese nuevo alumno con tan humilde maestro, hubiérase creido reconocer á Simon Pedro en los extramuros de Roma conquistando para el cielo al hijo dócil de algun honrado centurion, ó quizá creyérase descubrir al evangelizador de los Africanos, enseñando á uno de sus príncipes á sufrir con resignacion y en nombre del cielo el yugo de los señores del Mundo que moraban en el Capitolio.

Nezáhual narraba despues á las dos familias la doctrina con que el misionero le dispuso su alma para que mejor le aprovechase el agua del bautismo. Y el catecúmeno y sus deudos admiraban las delicadas lecciones del Cristo Jesus, tan dulcemente expuestas en alegórico lenguaje; y era el *buen Pastor* dando la vida por el rebaño, reconocido muy presto de los nuevos creyentes, y lo era tambien aquel *buen Padre* que llamó á sus amigos para que tomasen parte en el regocijo y el festin

con que celebraba la vuelta de su hijo el jóven pródigo, que murió y era resucitado, se perdió y habia sido hallado.

¿Acaso el hijo de la pobre viuda contaba en los anales de su primera juventud alguna de esas borrascas que hacen nanfragar al inexperto navegante? ¿El que así sorprendia su propia historia en la elocuente parábola, habia pagado quizá el mísero tributo á las pasiones en el ardor de la edad funesta? El Misionero lo sospechó así, esperando que alguna vez el nuevo cristiano le abriria su corazon en las confidencias del arrepentimiento.

El dia solemne de la regeneracion del hijo de Ayauhcíhuatl llegó por fin. La madre sentia desahogada el alma de una pena de muchos años, y la jóven amante ya no temia entregarse del todo á sus afectos por el recien convertido. En el vestíbulo del gran *teocalli* todo estaba preparado: las flores y los perfumes no se olvidaron; y muchas doncellas y muchos niños y numerosos amigos de Nezáhual y no pocos ancianos de ambos sexos, estaban allí para ser testigos de una victoria que hasta entónces creyeran difícil. Papan y su madre aparecieron entre los concurrentes; los de Cholula estaban sorprendidos al mirarlas, ornado el cuello de blancas perlas, y en sus brazos el oro y los zafiros, y muchas galas y riqueza en su traje: la modestia de la reina y de su hija tuvo que ceder á la ley imperiosa de dia tan solemne:

aquel Dios á quien su dicha les hizo conocer, iba á triunfar en el hermoso corazon del Príncipe de Acolhuacan. La madre y la hermana del catecúmeno se dejaban ver asímismo entre la multitud, y como Papan y Atotóchtli mostraban su regocijo por las victorias del piadoso Dios de Valencia y Motolinia.

Luego que el hijo de Ayauhcíhuatl se presentó con el Misionero, mas de cien corazones alabaron al Hijo de Dios. La solemne ceremonia comenzó: el Sacerdote se cubria de ricas vestiduras y el catecúmeno tomaba la cándida túnica.

El Sacerdote habló graves preguntas.

El Catecúmeno contestó bien poseido de sus respuestas: dijo que pedia el agua regeneradora y que renunciaba las pompas y vanidades de la tierra.

Nezáhual pensó entónces en la hermosura de la hija de Atotóchtli y su corazon desfallecia. Mas luego el cielo le hizo discernir entre los goces transitorios y las delicias inmortales del amor casto.

No bien esto pasaba, la solemnidad fué interrumpida, y la muchedumbre abrió paso á quien venía tambien rogando ser admitido al baño de la regeneracion. Era éste un Cholulteca poderoso, Tizoc su nombre, que todos apellidaban "El justo." Un misionero de los que recidian en Cholula le habia adoctrinado, y él declaró á Valencia la aptitud de su discípulo para que no dudase derramar el agua sobre su cabeza.

Celebrados, pues, con Tizoc separadamente los actos en que no habia sido parte, todos los otros siguieron acordes con ambos catecúmenos. Los misterios de los cristianos que los antiguos Padres compendiaron en un símbolo, se propusieron entónces á la fé de Tizoc y Nezáhual; eran estos:

Jehováh, Dios único, que vive y reina, que es invisible y criador de todo: el Verbo, cuya generacion fué ántes de los luceros, hijo único de Jehováh; Dios que sale de Dios como esplendor de su gloria y como su imágen perfectísima: el Hijo del Eterno, encarnado en el seno de una jóven, santa sobre toda mujer, llamada María, vírgen siempre aun despues de su parto; pórque al hacerse hombre el hijo de Jehováh no fué concebido de manera humana sino por un milagro del Omnipotente: ese hijo de Jehováh y de la *intacta doncella*, que es el Cristo, hecho víctima y ofrecido en sacrificio por la salud de todos sus hermanos: el Paráclito, fruto de amor de Jehováh y de su Verbo, y que con ellos recibe la adoracion y la gloria: una sola congregacion de los que adoran al Cristo, gobernada por el gefe supremo: una nueva vida que durará siempre, á la que volverán todos los muertos, y una dicha sin término en el siglo futuro.

Esta es la fé que profesaron públicamente los dos americanos y en la que creyeron reconocer algo de sublime, grave y á la vez tierno. No era el miedo, por cierto, ni el contemporizar con los blancos lo que habia

traido á los nuevos creyentes á recibir el agua; era el Dios *invisible*, como ellos decian, quien les movió su corazon por medio de los sacerdotes de Castilla, tan diversos de los otros sus compatriotas los bárbaros guerreros: era que esos misterios tenian no sé qué sello de majestad y grandeza, y estaban en maravillosa armonía con las necesidades y el sentimiento de todos los hombres: era, por último, que Valencia y los demas sacerdotes, tan buenos, tan pobres y desinteresados daban á su doctrina tal importancia y mostraban al explicarla tanta fé de su corazon, que no habia duda, esa religion era la del Dios verdadero.

Los dos catecúmenos interrogados, pues, con frases solemnes,

"Creo"—respondian á todo, con una certeza que maravillaba.

El Misionero entónces, llena su faz de inspiracion, levantó el brazo y derramó en ambas cabezas el agua regeneradora, en el nonbre de Jehováh, de su Verbo y del Paráclito, como el Cristo lo dejó enseñado á los antiguos Padres.

El acto misterioso estaba consumado, y el Príncipe de Acolhuacan recibia gozoso las felicitaciones de todos sus deudos y amigos. Maravillaba contemplar á esta nueva gente, llamada entre los últimos á la Iglesia del Cristo, cómo comprendia la honra de ser contada entre los ciudadanos de Sion la Santa. Cuando los hijos de

Albion que viven circundados del Oceano, recibian el agua de manos de Agustin enviado de Roma por el Supremo Pontífice Gregorio, ó cuando tambien los Germanos, cuya historia supo Tácito hacer célebre, eran regenerados por Bonifacio salido de Albion á su vez, los recientes cristianos se gloriaban asímismo de pertenecer á ese pueblo inmenso del Hijo de Dios, en que se numeran tantos y tantos que derramando su sangre confesaal Cristo, tantos que se fueron al desierto para mejor servirle, tantos sabios y magnates que lo ensalzaron con su ciencia y grandezas. Era empero mayor el gozo de los hijos de Anáhuac, cuando entendian ser ellos y los demas del Nuevo-mundo, los preferidos á muchas naciones de los blancos excluidas ya como rebeldes de la congregacion santa del verdadero Dios.

Los dos neófitos con sus deudos y amigos penetraron entónces en el santuario, y mientras Valencia recitaba himnos con que daba gracias al Padre de toda consolacion, oraban los americanos con las preces que les enseñaron los Misioneros; y el Hijo de Jehováh era glorificado en el idioma de una de las nuevas naciones que le tocaron por herencia, ¡porcion preciosa que quieras, oh Cristo Jesus, no dejar nunca de bendecir!

Salidos del templo, los dos neófitos abrazándose se despedian, y Tizoc, ilustrado sin duda con una vision del porvenir,

"Nezahualpílli,—díjole al separarse—unidos hoy, sin haberlo concertado, hemos recibido el agua santa; el verdadero Dios, asemejando nuestros destinos, hará quizá que nos encontrémos algun dia: mi corazon así lo presiente."